

Canté, Amé, Viví

Por María Carolina Geel

He aquí excelentes memorias. Despiertan, desde luego, esa atención expresa a los nombres de gentes conocidas, y esa otra atención sobre lo que puede ser la vida de una mujer hermosa, de alegría espontánea e inteligente. Se leen, puede decirse, de corrido (*Canté, Amé, Viví*. Memorias por Inés Bordes. Editorial Nascimento, 1979).

Inevitablemente, este volumen despierta el recuerdo inmediato de otro: *Memorias de una Mujer Irreverente*, de Marta Vergara, ello porque las memorias femeninas son escasas. Los temas de ambos libros, el estilo, el carácter y hasta diríamos el tono de voz son tan diferentes que casi no admiten cotejo. Sólo podemos decir que, en un terreno de estricta apreciación literaria, Marta Vergara es mayor escritora y su estilo, como lo hemos dicho más de una vez, expresivo y recio, se aparta del de todas las mujeres que han escrito y escriben en Chile.

Inés Bordes empieza sus recuerdos como sigue: "Me tomó del brazo y echamos a andar. Hasta que se detuvo frente a un restaurante. Ya verás cómo nos arreglamos, me dijo". Uno piensa que es un hombre el que la toma del brazo. No es un hombre; es Evita, y nada menos que Eva Perón. Pero una muy joven y desconocida Eva. Al describirla, la autora la presenta en sus aspectos psicológicos tanto como en los materiales del ir viviendo con dinero escaso. Porque ambas jóvenes pasan bastantes pellejías. Pero a través de estas Bordes va observando el fuerte carácter y la fe obstinada de la futura gobernante (siempre hemos pensado que el caso de Eva Perón, para bien o para mal, es un caso formidable. Venció tres escollos que aún parecen insalvables: venir de clase baja, ser hija natural, vivir el amor libre como trampolín para sur-

gir. Puede rechazársela cuanto se quiera, pero la admiración será inevitable).

Inés Bordes es, sin dudas, una persona amistosa, comunicativa, fácilmente afectuosa. Es como la vemos a través del libro.

Sin mayor preámbulo la autora nos enfrenta a su primer matrimonio: se casa en Lima con Ricardo Miró Quesada, miembro de la conocida y encumbrada familia limeña. El fracaso lo explica también brevemente: le estaba vedado cantar (no olvidar que ella fue famosa soprano). Y sin cantar se moría. Parece, además, que el joven Miró Quesada era enfermo. A continuación cuenta su segundo matrimonio, cuyo fracaso esta vez fue un drama a punto de convertirse en tragedia, la que dejamos al interés del lector.

Desde otro ángulo, nos parece que lo de veras fundamental, y aun por encima de su necesidad de amar siempre a alguien, en la naturaleza de esta escritora está su sentido de libertad personal. Esta le es tan primordial que actúa en los casos de la amistad. De un modo u otro, termina alejándose de sus amigos y amigas, bien que conservando el sentimiento. Claro está que su inquieta vida, sus oportunidades para viajar contribuyeron a ello.

Las personas de actuación importante en el relato están presentadas con sus nombres y apellidos, salvo dos: Miriam, la madre del adolescente Miguel, enamorado de Inés, y que fuera generosa amiga de esta última, quien bien lo reconoce pese al distanciamiento que su amor por Miguel provoca. El otro cuyo nombre no se transcribe es el que aparece como último amor de la autora, o sea, el del escritor italiano conocidísimo en Italia y toda Europa, según expone. Ella lo llama Hijo de la Loba. Y un detalle. Los hombres amados por Inés Bordes,

según deducimos, han sido todos bellos. O sea, lo que corresponde a una mujer bella, según también deducimos de la fotografía insertada en el libro, como del texto mismo.

Que la vida de esta chilena es, como suele decirse, una novela, no hay duda. Porque, de acuerdo con lo que califica a un género literario, las memorias pueden omitir lo que el autor estime, pero no inventar añadidos a los hechos. Estos pueden contarse bajo una muy particular visión, pero dejan de ser memorias si la o el autor agrega cosas que no han existido. En el presente caso se tiene la impresión de que la autora es muy verídica.

Uno de los más novelescos es el siguiente: ella está embarazada y por prescripción de Miguel, que ya es médico, y otros facultativos, se va a Mar del Plata, a casa de un matrimonio amigo. Cuando el niño da muestras de nacer hace llamar a Miguel que ha vuelto a Buenos Aires. Este, inquieto, emprende en su auto un viaje a gran velocidad, choca con un camión y ya en el hospital muere. Ella se levanta de la cama en plenos dolores de parto para ir a verlo. Estos sucesos, como puede apreciarse, son en extremo dramáticos, pero quién podrá negar que en la realidad acontecen cosas peores.

Más adelante hay un hecho algo oscuro: la razón por qué Inés abandona a su hijo en casa de aquellos amigos, para venirse a Chile, razón que no llegamos a captar. Más tarde ella es nombrada en un puesto diplomático en Italia. El caso es que sólo vuelve a ver al hijo varios años después, y el cual ignora que es su madre.

A lo largo de esta obra hay pasajes que delatan a una escritora bien dotada que, acaso, en un próximo libro va a desarrollarse más cabalmente, ya que el actual es su primera publicación. Transcribimos un párrafo que

muestra dichas dotes: "...ahora resulta intraducible a palabras e imágenes. La vida que se iba y la vida que venía se cruzaron ahí, en esas blancas salas mudas, sin que pudieran siquiera conocerse. Sólo las separaban unos metros, pero los ciegos hados de la fatalidad no permiten ni eso cuando montan, a la perfección, escena tras escena una tragedia humana. Sí, algo vasto y profundo como dos océanos: uno en ascenso, otro en retirada, pero no existe costa donde puedan encontrarse, porque todo ocurre en el lado oscuro del universo".

Entre los buenos retratos que aquí aparecen llama la atención el de Alejandro Flores. Cuanto a descripción de lugares interesante y vivaz es la que hace de la zona del vicio en Roma, vía Margutta, al par que el rechazo de la autora hacia la misma.

Debemos anotar con admiración algo bastante insólito en un libro escrito con la máxima libertad de sentimientos y conceptos: no hay obscenidades ni "cuadros" pornográficos, dos raras ausencias que dan relevancia al relato.

En fin. Inés Bordes pone en boca del Hijo de la Loba, esto es, el célebre escritor romano, la necesidad que tiene todo autor de que se hagan observaciones a sus escritos. Confiamos en tal opinión para exponer lo que sigue: creemos que fallan aquí los largos parlamentos, cosa que ocurre en muchas biografías, porque ellos son rehechos, ya que no hay memoria capaz de recordar las palabras exactas, con lo que resultan no naturales, en extremo literarios y envarados. Otra observación: la autora abunda en autoelogios, sean directos o a cargo de sus personajes. Ojalá en el futuro vigile este aspecto, que es una de las fallas de los libros autobiográficos femeninos.

En todo caso, ella ha escrito una obra de excepción.